

LLUVIA

POR EDUARDO MAULEÓN

Aquel día el viento envuelto en nieblas se metió en el bosque de hayas y comenzó a dar a estas tremendos empujones. Aquellos árboles grises, altos, rectos, llenos de petachos de musgo, soltaron de sus ramas retorcidas puñados de hojas amarillas las que, mezclándose unas con otras, se fueron a tumbar al suelo embarrado.

Así está esta pista forestal; rebosante de lodo pringoso rebozando ramas cortadas allá echadas.

En el agua terrosa allí metida y atascada, flotan unas hojas sobre las que rebotan las gotas de lluvia descolgadas de las hayas.

Más adelante, bastante después. La borda que me sirve de abandonado cobijo, no tiene puerta ni ventanas que puedan cerrarse. Ni tan siquiera veo un rincón en el que haya unos secos helechos donde poner estos pies húmedos y fríos. Menos mal que de ese taco de madera que asoma junto a la entrada, cuelga una vieja arpillera con pajas adheridas que sirve al efecto.

Niebla y agua por todas partes. Niebla empapada en agua que se pasea por esas lomas de hierba esquilada y que manda de vez en cuando retazos que hacen tamborilear a las tejas de esta borda de la frontera.

Aquí estoy; recostado en el quicio de la puerta y contemplando el curioso detalle de un chorro de agua que, bajando de una teja salida, coincide en el mismo centro de una herradura roñosa metida en la pared. A ratos el viento la desvía y al chocar el agua en el hierro salpica la entrada.

Un agua negruzca pasa de prisa, como si le diera asco, por delante de la borda, arrastrando zaborras y briznas de paja amarillenta que se van metiendo por el túnel que hace una teja caída y rota.

Ahí, apoyado en el tabique de piedras irregulares y sucias, está mi paraguas. Mi pequeño, viejo, atornillado y querido paraguas cuya tela enlutada tantas lluvias y nieves ha soportado y que, ahora, me enseña, el pobre, un horrible siete que hace un rato le ha hecho, de un zarpazo, una ramacasquivana.

Un palo se ha cruzado haciendo dique, ante la teja y el agua, obstaculizada, ha empezado a marcharse por sus extremos.

El agua golpea sin fatiga, incesantemente, la vieja techumbre de la borda, por cuyas tejas caen choros que salpican barro a las paredes agrietadas.

Yo movería, retiraría ese palo y otros más que se han juntado al que tapa la teja para que el agua continuara entrando y saliendo libremente por la bóveda encarnada. Pero me encuentro en ese momento preciso del que se halla mirando un objeto fijamente, sin pestañear, y no lo ve. Del que escucha el monótono cantar del agua que corre, sin oír. Me hallo sin voluntad. Aunque el subconsciente me cosquillee que debo despertar para atender a lo que estoy mirando y oyendo.

De ese amodorramiento me saca bruscamente el agua que ha rebotado sobre la vieja herradura enviándome sus salpicaduras a la cara.

Desde esta ventana puesta a un lado de la borda, veo cómo van bajando por un descarnado ribazo, pequeñas torrenteras que van formando una gran charca de agua cremosa.

La ventana tiene delgados barrotes de hierro adornados con telarañas. El viento mojado y frío, choca con ellas y las hace temblar.

Como veo que esta aburrida lluvia no tiene la menor intención de marcharse de aquí pienso que será mejor que sea yo el que me vaya.

No vale esquivar charcos. Porque aquí y más allá no hay otra cosa. Agua esparcida abundantemente por el suelo, agua chorreando y rebotando por las piedras, cayendo de los árboles, resbalando por mi nariz... Luvia en la montaña un día cualquiera. No pienso volver a ella hasta el día que... llueva otra vez.